

POBLE SEC

**SERRAT
TORNA
AL
SEU BARRI**



**em Barcelona!
les entitats
barri**

SERRAT, EL BARRIO Y EL PAN

SERRAT, EL BARRIO Y EL PAN

Hace algunos años, cuando la década de los sesenta estaba a punto de morir y llevarse a la tumba el optimismo burgués del milagro neocapitalista, estalló a nivel europeo la Revolución de Mayo y a nivel español la Revolución del Recuerdo. Mientras los mayistas franceses o alemanes denunciaban la muerte de la imaginación y de la esperanza, los mayistas de nuestro país nos fuimos de viaje hacia los túneles del recuerdo. No era un viaje de evasión, ni un intento nostálgico inspirado en la canción de Los Vieneses...

Recuérdame
que recordar es volver a vivir

Viajar hacia el recuerdo tenía un mucho de aventura peligrosa, porque sospechábamos que buena parte de nuestras insuficiencias, de las quiebras de nuestro talante y los hundimientos de nuestra realidad tenían su remota causa en ese pasado al que queríamos llegar. Al recuperar nuestro pasado nos descubrimos niños en el contexto de un país dividido en vencedores y vencidos, en víctimas y verdugos. Descubrimos la geografía menor, los cuatro puntos cardinales que nos habían hecho tal como éramos: nuestro barrio, minipatria pegada a nosotros como una segunda piel. Descubrimos que la educación, la información, todos los instrumentos de difusión y conformación de "verdades" se habían dedicado a falsificar nuestra identidad y que el simple acto revolucionario. Descubrimos el miedo como una entidad omnipresente que había condicionado la vida de nuestros mayores, nuestra infancia, en aquella ciudad que Rosselló Porcel había casi profetizado:

Oh ciutat dels terrors
entre les avingudes
arbres lividi de la tardor

Fue entonces cuando sonó más y mejor que nunca Joan Manuel Serrat. Había recorrido el viaje hacia sus afuentes y cantaba sobre lo que había visto y oído en aquella geografía menor, rodeado de personas que probablemente habían llegado a ser héroes, pero que sólo habían conseguido sobrevivir precariamente racionando su miedo y su rabia. De las calles empinadas, torcidas, melladas, vegetales, de relavadas policromías del Poble Sec bajó la canción de Serrat a conquistar la ciudad. Detrás de su música nos fuimos los hijos de barrio y el flautista de Hamelin nos llevaba hacia un horizonte de espejos: nos devolvían nuestra verdadera fisonomía. Habíamos nacido entre el miedo, habíamos crecido entre espejos trucados, asumir el miedo de origen, recuperar los espejos reales ¿puede plantearse batalla más imprescindible, más dura, más previa?

No es extraño que Serrat, sabio ahora de geografías mayores y verdades oceánicas, pretenda recuperar el contacto con su pueblo a partir de la actuación en los barrios. Pavese escribió que el hombre que estuvo en la cárcel vuelve a la cárcel cada vez que muerde un pedazo de pan. No hay sabor más conectado con la supervivencia. Para Serrat volver a empezar después de un honesto exilio tan asumido como impuesto también significa de alguna manera empezar por el sabor del pan. Aquel pan caliente, partido con la mano, con aquella mano, salido siempre de la misma panadería (la señora Pepeta o Sisqueta o la Merche o el Paquitu, o el que sea), saboreado con remalazos de chocolate o aceitunas negras, a la sombra de la montaña torvada, con sus fosos requemados por los fusilamientos.

M. Vázquez Montalbán

